

EL ARCA

Semanario religioso, social, literario y de intereses generales

Editor - Administrador: J. Ismael Cordero

Se publica los sábados La suscripción por serie de 12 números vale 75 céntimos El número suelto vale 10 céntimos

AÑO I

HEREDIA, COSTA RICA, SABADO 7 DE NOVIEMBRE DE 1914.

Nº 22

Medios de encariñar al niño con la escuela.

Conferencia dictada por la señorita Athala Hernández, inteligente preceptora de esta ciudad, en la reunión de maestros del 26 de Setiembre último.

De varios puntos que se me señalaron escogí uno que, a pesar de ser de gran importancia en la enseñanza parece hasta olvidado de los pedagogos antiguos y modernos. En realidad, he hojeado cuantas obras de Pedagogía se han puesto a mi alcance y poco o nada he hallado respecto del punto que me ocupa. Es él, los medios de que el maestro puede valerse para encariñar al niño con la Escuela.

No encontraréis en este pequeño estudio algo científico y ni siquiera nuevo; no es más que el resultado de mis experiencias y reflexiones en mi paso hasta ahora, por el campo del magisterio. Como tales, son pobres e hijas sólo de mi deseo de mejorar en cuanto me sea posible.

Nos quejamos a menudo de la pereza e indolencia de nuestros niños y no buscamos ni indagamos el motivo de tales defectos. La experiencia ha demostrado que la indolencia en los niños es tan contraria a su disposición de actividad natural, que como no sea consecuencia de una mala educación, invariablemente tiene que estar relacionada con algún defecto constitucional. Pero esa actividad espontánea a que los niños se sienten inclinados, tiende a buscar los placeres que produce el ejercicio saludable de sus facultades. El descuido de este punto, unido al ambiente desagradable y sombrío que ofrecemos a nuestros educandos es la causa, muchas veces de que ellos se sientan contrariados con la escuela, miren con repugnancia, si no con terror el aula de clase, cobren aversión extremada a sus cuadernos y libros de estudio y muchas veces hasta a su mismo maestro.

La culpa de todo esto, mal que nos pese es sólo nuestra. He creído siempre con un

gran autor francés que no existen individuos malos, sino malos cultivadores. Desde este punto de vista, yo me pregunto lo siguiente:

Es mi sala de clase tan agradable a mis discípulos como el rincón de su hogar?

He conseguido halagarles con mis lecciones, tener siempre en juego su actividad de mariposa? Reciben de parte mía las caricias y dulzuras que les prodiga su madre? He procurado que encuentren en sus compañeros el cariño de sus hermanos? En una palabra, he formado sus corazones para el amor y para el bien?

Triste es confesarlo, pero creo que no he llenado a conciencia estos requisitos; y no obstante, ellos son indispensables para aprisionar, por decirlo así, en el recinto de nuestra escuela, los afectos más hermosos del niño.

Empecemos, pues, por formar al chicuelo un ambiente bello. "El alma se eleva al bien por la belleza", ha dicho Platón y es por eso que ante las hermosuras de la naturaleza, al contemplar un cuadro salido de manos del artista, al escuchar una pieza literaria o musical nos sentimos sobrecogidos, nuestra alma se remonta al idealismo y parece que dejamos muy lejos este mundo de pequeñeces y mezquindades.

Nuestra sala de clase debe respirar contento por todos lados. El aseo y el orden deben leerse en todos y cada uno de los objetos que en ella se hallan. No concibo que se pueda ser feliz entre cuatro paredes escuetas. Cuadros recreativos y plantas naturales constituirán un adorno encantador. El aire fresco y oxigenado debe entrar con profusión por puertas y ventanas. Despertemos en el niño un cariño especial por su aula de clase: que él mismo la arregle, la adorne, que riegue las plantitas, que se divorcie completamente del desaseo, que le oigamos decir con ese orgullo tan simpático en el chiquitín: "mi aula de clase es linda; maestra, no la cambiemos por ninguna otra". Y ¿cuánto esto? Vaya que no: si los mismos niños se disputan

el arreglo cuando en sus corazoncitos se va despertando el sentimiento estético.

Ya estamos cómodamente instalados. Empecemos la faena.

Os habéis acercado a una sala de clase, cuando el maestro hace una buena lección? No os ha evocado la idea de un fragmento del mundo sideral, aquel que conocemos con el nombre de sistema planetario solar? En el centro, el maestro; es el Sol, rico en fuentes de calor y vida que prodiga sin egoísmos y de una manera espléndida; al rededor los niñitos, ávidos de ideas luminosas para llevar a sus cerebros oscuros por la ignorancia, a la manera que los astros reciben y algunos como el nuestro esperan con ansia los rayos de oro del Astro Rey.

Pero he dicho: una buena lección y acordaos que el árbol malo no da buenos frutos. Nadie ignora tres condiciones indispensables que debe reunir todo buen maestro: son ellas, instrucción, método y alma.

Hay que saber un kilómetro para enseñar un metro, ha dicho alguien. Y en verdad, hay momentos en nuestras clases en que el alumno nos lleva hasta un camino escabroso y que no esperábamos. Nos ha sorprendido con preguntas tan agudas que es menester acudir a la ciencia para contestarlas con seguridad. Y pongámonos en guardia para no evadir la respuesta o darla con duda, porque esto significaría perder el concepto que de sabios hemos adquirido en la mente del niño y por de contado, nuestra autoridad de mentores ha terminado para él.

El maestro, cuya ciencia no es discutida, que no se embrolla jamás en sus lecciones, que emite sus ideas de una manera clara y agradable se hace escuchar con cierta religiosidad.

Hé ahí la necesidad del libro de consulta, compañero inseparable del maestro, y hé ahí también la gran utilidad del diario de clases llevado honrada y concienzudamente.

El profesor que improvisa

sus lecciones es para mí o sumamente hábil, cosa que no concibo, o no se ha hecho cargo de lo arduo y difícil de su tarea. Y como es más seguro lo último, dicho maestro perderá el tiempo lastimosamente; sus clases como hijas de la divagación serán inseguras, monótonas y ay! muchas veces hasta erradas.

A una vasta instrucción el maestro debe reunir un dominio completo de la ciencia de la educación y aplicar sus principios a la enseñanza. Hé ahí el método. Pero éste debe estudiarse y en su aplicación descubrir sus ventajas y desventajas. Se aumentarán las primeras y se subsanarán las segundas. Por eso es rutinario e infructuoso aplicar el mismo método a todas las enseñanzas y en cualesquiera circunstancias.

Pero estas dos cualidades son casi pasivas porque sus efectos no se hacen sentir si falta la última, es el alma; es ese cariño intenso por la niñez; es esa elevación de ideas sobre la vida humana y sobre el deber; es esa filantropía, llamémosla así, de amor al hombre por lo que tiene de hombre; es ese sentimiento de patriotismo en aras del cual se sacrifica para dar hombres a la Patria; es ese entusiasmo del artista por modelar seres semejantes a los ángeles, es ese denuedo del verdadero cristiano por llevar almas hacia su Dios.

El maestro, pues, debe observar una conducta extremadamente moral; su carácter será enérgico con dulzura, justiciero, reposado, y en todos y cada uno de sus actos demostrará su abnegación por los seres que se le han encomendado. Empleará términos suaves para corregirlos, infundiéndoles la idea del castigo, no como venganza, sino como correctivo, jamás como pena física y sí como sanción moral. De todos modos opino con que el mejor maestro es aquel que nunca se ve en el caso de castigar. No hay disciplina más hermosa que la de libertad, esa que observa el niño cuando está convencido de que su honor va envuelto en el cumplimiento de sus de-

beres. No dejemos pasar desapercibida, por pequeña que parezca, una acción buena o mala. Las acciones forman los hábitos y con los hábitos adquiridos de pequeño, muere el individuo. Si la acción es buena fortalezcamos ese hábito en ciernes; si es mala destruyamos esa fatal semilla que sin duda invadirá un campo donde pudieron haber fructificado las más hermosas cualidades del ser humano.

Hagamos que el niño se acerque a nosotros con confianza; disipemos sus dudas; apartemos las piedras que se presentan en su camino o enseñémosle a apartarlas con su propia mano; infundámosle, sin petulancia, una idea tan elevada de nosotros que se crea seguro a nuestro lado y de nosotros escuche las más hermosas palabras que ha de oír en su vida. Por otra parte, despertemos en él ese cariño hacia sus semejantes, que principiará con el de sus compañeros de clase. Por el ejemplo, la persuasión y el cariño llevémosle a perdonar las ofensas, a disimular los defectos de los demás, a respetar y tener en mucho lo ajeno, desde la delicadeza y el sentimiento moral hasta las cosas insignificantes como el lápiz y la pluma.

El niño es un ser capaz de amar y es éste quizá el primer sentimiento que en él se despierta; pero es preciso enseñar al pequeño egoísta esta bella propiedad del corazón humano, amándole primero. Ved al pequeño, de meses: conoce y tiende sus bracitos entre muchas personas, a su mamá o a su niñera porque éstas le han demostrado su cariño con mimos y cuidados; inconscientemente ama por que lo aman. Del mismo modo, pero con algún criterio ya, el alumno de escuela llega a comprender el cariño de su profesor y de sus compañeros y por ingrato que sea, sabrá corresponder.

Tengo un ejemplo vivo en mi clase: hay por ahí un chiquito, pobrecito! que perdió a su madre hace ya algunos años. El pobre niño desconoce esos afectos, los más tiernos, los afectos maternos, parece a su corta edad hastiado de la vida y lo revela en sus actos y palabras. En su escepticismo niega los lazos de cariño que unen a la humanidad; recibe hasta con cierto agrado la noticia de un cataclismo u otra desgracia; la alabanza prodigada a los grandes hombres provoca en sus labios una sonrisa irónica; la perspectiva de un buen porvenir es acogida por él con un ademán despreciativo. Yo que conozco su desgracia le tolero gran parte de sus faltillas y quisiera trocarle en flores las espinas que ha de hallar en su camino. Y he notado que

el día que he estado más afectuosa con él y de varias maneras le he demostrado que le quiero, me dice al oír la campana de salida, con esa ingenuidad del que aún no ha estudiado la manera de quedar bien; lástima que sea la hora de irnos, estábamos tan contentos!...

Era el año de 1908. Un capricho me llevó a una escuela rural; los habitantes de aquel pueblo eran campesinos tan solo porque habitaban el campo, mas sus costumbres y trato revelaban una cultura poco común. No sé si al ver mi gesto un poco serio, aquellos buenos labriegos creyeronme una especie de domadora. Y es el caso que entre mis alumnos conté 8 de 16 y 17 años. Llegaban a suplicarme que los admitiera y como que el niño que entra una vez por la puerta de mi clase no saldrá de ella sin dejarme un sentimiento doloroso que no me explico, acogí aquellos muchachotes con todas las fuerzas de mi entusiasmo. Ocho días después de abierta la matrícula llega una buena señora y me dice: Vea, maestra, yo quisiera enviarle un niño, ya hombre, para Santiago cumplirá los 17. El pobrecito apenas sí lee un poco y en cuestión de números es nulo. Señora, le repliqué, nunca es tarde para aprender, pero por qué no lo ha enviado a la escuela en años anteriores? ¡Ay! Señorita! me respondió, porque nadie lo soporta; de mi casa ha salido dos o tres veces; las maestras le aguantaban dos días, pero al tercero piden a la Junta la expulsión del muchacho o la renuncia de ellas. A más de una ha castigado el insolente. Jamás toca un libro, odia todo lo que es bueno, a esta hora ni siquiera sabe persignarse. Con todo, yo deseo hacer el último esfuerzo, a fin de mejorarlo un poco. Está bien, señora, le contesté, envíemelo, pero pronto, no perdamos tiempo. Cuando los chiquillos supieron que Chayo López quedaba matriculado ay! niña Athala, exclamaron, Ud. no sabe qué pécora es esa! Y cada uno contaba una fechoría increíble. Dos mañanas después, vi aparecer ante mi mesa de clase un muchacho simpático; llevaba en una mano unos cuadernos y en la otra un ramito de violetas hecho por una mano sumamente delicada. Me saludó, me alargó el ramo de violetas diciéndome: "Yo mismo las cogí para Ud." Y luego, me dió su nombre. Ya yo lo había adivinado: llevaba el sombrero calado hasta las orejas. Pero qué mundo de pensamientos acudieron a mi cerebro, no era posible que aquel muchacho que sabía comprender los encantos de las flores pudiera anidar malos sentimientos.

Está bien. Chayo, trabajemos mucho y empecemos por quitarnos el sombrero; este es un templo, el templo de la Ciencia. Inmediatamente se descubrió y buscó asiento, empezamos a trabajar. Fué siempre el primero en presentarse y el último que se retiraba. Yo viajaba a mi pueblo todos los días y jamás manos tan solícitas han ensillado una bestia como él preparaba la mía. Tres meses después el muchacho se expresaba con gran corrección, su carácter de chispa hallaba acogida en todas partes, manejaba con gran facilidad las cuatro reglas de aritmética y llevaba ya gran parte de las cuentas de su casa que era bastante rica. Y hube de trabajar mucho para conseguir tanto? No! Un poco de cariño y asiduidad con aquel ser que tal vez nadie se había preocupado por estudiar y que sin embargo, era una fuente de condiciones magníficas.

Y como estos se me han presentado casos muchos que no expongo para no abusar de vuestra paciencia.

Para concluir convengamos en que sólo cuando con nuestras lecciones amenas, nuestra dulzura en el trato, nuestra sala de clase convertida en un mundo de alegrías que alternan con la Ciencia y en las cuales se lee educación y bondad, hayamos cautivado y aprisionado a nuestros niños; cuando a fuer de laboriosos, consagrados y cultos nos conquistemos el aprecio de los padres de familia y la buena voluntad de las autoridades locales, de cuyo apoyo no podemos prescindir, entonces y sólo entonces nuestra labor será completa. Será hermoso ver nuestras aulas plétoras de niños trabajadores, buenos y cumplidos, con los cuales no ha habido que emplear la fuerza a fin de acercarlos a la escuela y que aprovechan el tiempo por la convicción del amor y el deber.

A. H.

EL CIELO

¿Existe algún bien comparable al cielo? ¿Hay pues locura comparable a la que consiste en perder el cielo por algunos placeres de un momento o por algunos bienes terrenos? ¡Qué insensato es el mundo! Dios vale infinitamente más que todo lo que ha creado, y por consiguiente todo el placer que se puede gustar con las criaturas, no es nada en comparación de la dicha que habrá en ver y poseer a Dios. Y ¡qué alegría la de hallarse en compañía de la Santísima Virgen, de todos los ángeles y de todos los santos! Después de la resurrección, el cuerpo se verá asociado a la felicidad del alma. El

alma del elegido recobrará su cuerpo, no ya pasible y mortal, sino inmortal y glorioso, luminoso como el sol y más ágil y sutil que la electricidad. Entonces no habrá el menor mal, sino todos serán bienes para siempre.*

Santa Teresa, habiendo entrevisto en un éxtasis algo de las grandezas del cielo, escribía: "Las cosas que veía eran tan grandes y tan admirables que la más pequeña bastaría para sacar fuera de sí a un alma y para inspirarle extraordinario desprecio hacia todo lo que se ve aquí abajo. No hay imaginación capaz de figurárselas. Su vista me produjo un placer tan exquisito y embalsamó mis sentidos con tan suave contento, que me faltan palabras para expresarlo. Y nuestro Señor, al mostrarme todo aquello, me decía: "Mira, hija mía, lo que pierden los que me ofenden y no dejes de advertírselo". Aquello me inspiró tal hastío y disgusto hacia los bienes y satisfacciones de este mundo, que todo ello no me parecía ya sino humo, mentira y vanidad."

Por lo que toca al gran San Agustín; qué transportes elevaban su alma cuando pensaba en la Jerusalén celestial! "Jerusalén, dulce madre mía, exclamaba, santa ciudad de mi Dios, esposa muy querida de Jesús, mi corazón os ama y mi alma se extasía con vuestras bellezas! ¡Oh cuán agradable, gloriosa y segura sois! ¡Sois enteramente hermosa y no altera vuestra hermosura la menor imperfección!... Dentro de vuestros muros me hablará Jesús sin obscuridad ni enigma, y me saciará tan plenamente que jamás volverán a importunarme el hambre y la sed... Allí se celebra una fiesta perpetua en obsequio de los que han pasado de las miserias de esta vida a las alegrías de la vida eterna. Allí el coro de los profetas ve cumplidas todas las visiones y los doce apóstoles realzan el brillo de semejante gloria.

"Allí se hallan reunidos el ejército victorioso de los mártires, la asamblea de los confesores y de los perfectos religiosos, las vírgenes y las santas mujeres que triunfaron de los placeres del mundo y de la debilidad de su sexo. Allí están también tantos niños y niñas que tuvieron más virtud que edad; allí las ovejas y los corderos libres para siempre de los lazos del deleite. Reina entre ellos una caridad perfecta, porque Dios, caridad infinita es todo para todos los santos, los cuales, viéndole sin cesar arden en su amor y le alaban con éxtasis".

ECOS DEL PARNASO HEREDIANO

VELUT UMBRA

Soñé que estaba muerto:
que lloraban mis hijos y mi hermana
al rededor del féretro sombrío;
que mis buenos amigos me llevaban
a la ciudad del llanto
y que al llegar allí, sobre una lápida
apareció mi madre
y al mirarme gritó: ¡hijo de mi alma!
ha mucho tiempo que en el cielo triste
inconsolable y muda te esperaba....!
y me estrechó en sus brazos
y en éxtasis sublime me besaba....!

¡Ay! Pero *Ella*, mi dulce compañera,
la madre de mis hijos, adorada,
también se levantó sobre su fosa
y al verme llegar solo
como loca exclamó, llena de lágrimas:
¿Qué has hecho de mis hijos?
¡Hijos de mis entrañas!
¿No sabes que sin ellos es la gloria
Infierno que me abrasa?
No sabes que este amor, amor de madre,
la muerte no lo mata,
que al través de la tumba
perdura con el alma?....

Y a su voz agitada y conmovida,
como la melodiosa vibración de un arpa,
desperté sollozando y pensativo
fija en mis pobres hijos la mirada.

LUIS R. FLORES

DEVOTA

(INÉDITA)

Pensativa y hundida en el misterio
de aquel amanecer triste y sombrío,
llegaste al olvidado cementerio
vestidita de luto ¡Sueño mío!

Por las callejas tristes y estrechas
de la ciudad del llanto y de las cruces,
te siguieron mis ojos, como flechas,
tras una fiesta virginal de luces.

Bajo el arco gentil de tu pestaña,
iba el triunfo radiante de tus ojos
y fué tu aparición, dulce y extraña,
en la ciudad del luto y los despojos.

Frente a una cruz, con devoción que encanta,
te arrodillaste con las manos juntas
y voló tu oración, paloma santa,
por las benditas ánimas difuntas.

Reventaban las flores esplendentes
como ofrenda de aromas y de miel
y temblaban colgados tus pendientes
como gotas de vino moscatel.

Caía tu cabellera descogida,
como un baño de sol sobre el madero,
y te ví sollozante y conmovida
mojar en llanto tu dolor sincero.

Sabes lo que sentí yo en esa hora?
Envidia de aquel muerto que amas tanto
y que este amor que se despierta ahora,
recibiera el bautismo de tu llanto.

LICHO.

Heredia, Noviembre 2.

A CLOTILDE

Felices dieciocho!

(INÉDITA)

Al son del arpa célica quisiera
Cantar tus gracias ¡Oh! Clotilde, hermosa
Lirios y rosas de la primavera

Olientes, en guirnalda primorosa
Tejiera yo, que digna de tí fuera
Ingenio ¡ay! no poseo a tal altura!
Laud tan solo tengo muy humilde,
Donde cantar tu mágica hermosura
Es imposible y a tus pies, Clotilde,
Flores no regará mi musa oscura!....
Es imposible que mi pobre canto
Lo que mi pecho siente te repita
Incendio a veces que no apaga el llanto
Celos y amor cuando tal vez palpita
En la duda del bien que anhelo tanto....
Solo tu vista al pecho da consuelo,
Dulce ilusión y duradera calma!
Y pues nuestros destinos unió el cielo,
En tu amor arraigada está mi alma
Como la tierna planta al fértil suelo.
Y hoy que celebras tu felice día
Ornada de belleza y de ventura
Clotilde, quiera el cielo tu alegría
Hacer crecer al par de tu hermosura
O....róbeme si no la dicha mía.

Heredia, 3 de abril de 1897.

(†) A. ORTIZ.

ACROSTICOS

A MIS TIERNAS GRACIELA Y NELLY.

(INÉDITO)

Girón de nube que agradezco al Cielo,
Regalo que anhelaba el alma mía
Al cabo de esperar tu compañía
Corriste presurosa en mi consuelo.
Imagen de un ideal puro y hermoso
Esconde tu candor, búscale apoyo;
Las aguas cristalinas del arroyo
Andando esquivas, hallarán reposo.

**

No quiero para tí lisonja vana
En el hogar adquiere tus virtudes
Llámame siempre con honor, cristiana
Y en tu senda no habrá vicisitudes.

J. R. DOBLES.

RECORDANDOLO

(Recordando a Guillermo Sáenz C.)

Allí está una tumba que encierra dos ro-
(sas:
un cerebro enorme y un gran corazón;
ambos son de un joven que vivió la vida
corriendo incansable tras una ilusión.

Lo veis? En sus bordes hay tristes vio-
(letas,
son retazos de alma del que duerme allí,
y también hay aves que parten volando:
sus castos ensueños se fueron así.

Pasó por la vida cual pasa un valiente:
sonriendo su rostro, el alma llorando,
quien llora tristezas está ya vencido,
en la vida vence quien pasa cantando.

Él quiso ser fuerte muriéndose joven,
no esperó la nieve del invierno crudo:
al caer la nieve los pájaros huyen
y el bosque de pinos se queda desnudo.

HERNÁN ZAMORA E.

San José, octubre de 1914.

SEPULCROS VIVIENTES

(Para mi buena amiga y colega E. S.)

Fiesta negra....
Triste fiesta....

Las tumbas se componen, se engalanan;
Es la lúgubre fiesta de los muertos.
La sociedad y el "qué dirán" se afanan
En despertar, vivir, recuerdos yertos.

Reviven de las lozas los colores,
Se mata sin perdón la hierba mala,
Y vistas desde lejos tantas flores
Parecen una fúlgida oriflama.

La gala de las tumbas caminantes,
Cuál es? Cómo será? si a su despecho.
Hay en el mundo bóvedas errantes,
Y hay un negro sepulcro en cada pecho!

Para esas almas tristes, silenciosas,
Que llevan por santuario un camposanto
Vayan, entre cipreses, lilas, rosas,
Mis pobres florecillas de amaranto.

IGNACIO BARAHONA R.

TU PAÑUELO

Cuando la suerte traviesa
en dos cartas te dió un nueve,
olvidaste tú en la mesa
tu pañuelito de nieve.

Era aquella prenda amada
para mí, rico tesoro
y mi mano enamorada
la oprimió tan fuertemente,
que mi mano en brasa ardiente
se convirtió con presteza,
pues ya no estaba en la mesa
tu pañuelito de seda.

JOSÉ FERMÍN MEZA.

LA ESPERANZA

*Yo soy la dicha, la salud, la vida;
—me dijo con ternura la esperanza—
camina siempre con la frente erguida,
venciendo del destino la asechanza.*

*Sigue tras mí, la ruta interminable,
que a tus pasos ofrece la existencia:
ella es mar de tristezas, insondable
si a sus luchas no opones resistencia.*

*Yo soy la estrella que ilumina el alma
de todo el que de ensueños me reviste;
yo he sido siempre la risueña palma*

*que en los desiertos de la vida crece,
para abrigar con mi frescura al triste
para brindar mi amor al que padece.*

LITA CHAVERRI M.

LA GIBADITA

Es en verdad muy triste ver a esa gibadita de rostro amarillento como una flor marchita, que pasa por las calles mirando las vitrinas que guardan como en urnas lujosas muselinas y sedas, y que luego se aleja cabizbaja cual si en su frente hubiera frialdades de mortaja. Dos lágrimas temblantes se asoman a sus ojos, —el lloro quetzalino de un corazón de hinojos— y siente la garganta y el pecho comprimidos porque su madrecita no le hace los vestidos como a sus hermanitas: de seda y muselina, —de seda que fabrican muy lejos: en la China!— . . . sus otras hermanitas, que van a los paseos, a las soirés y a bailes de regios himeneos, a los salones donde se dan constante cita las sociedades, menos . . . la pobre gibadita!

Es triste contemplarla de noche. Cuando pasa tocando alegres aires, por frente de su casa la música, y en grupos, haciendo algarabía, —en sus paseos constantes como una letanía— su madre y sus hermanas se van con el gentío mostrando su belleza, luciendo su atavío, la gibadita sola, llorosa y pensativa estruja entre sus dedos de dulce sensitiva las cuentas del rosario, y pide al Dios del cielo —ingenuidad bendita!— como único consuelo, igual comportamiento para ella y sus hermanas, pues de sufrir con eso, le están naciendo canas!

Ella ha escuchado historias fantásticas y extrañas de idilios y de amores en rústicas cabañas, y oído los relatos de príncipes y de hadas que roban a las bellas que están enamoradas, por eso cuando a solas su hermana le confía el único secreto de su alma de *María*, —aquello de que un joven le regaló una rosa— la gibadita triste y toda temblorosa le dice que se quite . . . que su alma está maldita! . . . Es en verdad muy triste ver esa gibadita.

ASDRÚBAL VILLALOBOS.

MAGDALENA

Miró al Cristo que empolvado estaba colgado a la pared triste y adusto, mirando siempre con mirar de justo los actos incipientes que efectuaba.

Sintió dentro sí, cómo llameaba la fe olvidada en un rincón del gusto, y llena de vergüenza tomó el busto que triste entre sus manos la observaba.

Señor! Perdón! Clamó la pecadora. Sus manos junta, con piedad que implora y mueve el labio murmurando un rezo.

Se siente de repente perdonada . . . y en aras de Jesús es levantada, a la región empírea, sobre un beso.

VÍCTOR M. ELIZONDO.

MIS CANTARES

En testimonio de admiración y respeto a la señorita G. S.

Sin acordes ni armonías,
Ahí te van mis cantares:
Son quejas de hondos pesares,
Lamentos del corazón!
Rumores de ecos lejanos,
Voz del cisne moribundo,
Suspiros que lanza al mundo
Un huérfano en su aflicción.
Mas si acogerlos te dignas
Y en tu memoria gravarlos,
No podrá el tiempo arrojarlos
Al olvido destructor,
Porque en tu plectro divino
De dulcísima armonía
Tú darás la melodía
A mis endechas de amor.

GRACILIANO CHAVERRI.

A UN MIRLO

Avecilla pardo oscura,
Que en las rejas de mi amada
Cantas llena de amargura,
¿Por qué estás tan angustiada,
Avecilla pardo oscura?

Ha muerto tu compañero?
Te ha robado el caro nido
Algún cazador artero?
Por qué lloras? Qué has perdido?
Ha muerto tu compañero?

Con infinito dolor,
Como ayes de lirás rotas,
Das al viento tu clamor,
Y el viento arrastra tus notas
Con infinito dolor.

Bate las alas y canta,
Olvida tus hondas penas,
El pico altiva levanta,
¿Por qué al dolor te encadenas?
Bate las alas y canta.

Estás muda, no contestas,
¿No te alegra la mañana?
Mira el cielo, está de fiestas.
Vestido de azul y grana.
Estás muda y no contestas.

Avecilla pardo oscura,
Que en las rejas de mi amada
Cantas llena de amargura,
¿Por qué estás tan angustiada,
Avecilla pardo oscura?

AQUILEO J. ECHEVERRÍA.

LA GUERRA EUROPEA

Todo es desolación, el hombre impío
en fiera se convierte:
en llanto y destrucción y duelo y muerte
se trueca de la tierra el señorío

Pueblos nacientes que cantó la fama
convirtiéndose en escoria.
¿Qué triste es ay la humanidad! la His-
(toria)
una acción contará que nos difama.

Lieja, Namur, Amberes, ayer día
alegraban Europa,
hoy apuran las heces de la copa
que les brindó la destrucción impía.

Antes todos en brazos fraternales
contábase sus penas,
del amor hoy rompiendo las cadenas
se matan más furiosos que animales.

Y al trueno del cañón y la metralla
la Rusia se incorpora,
el franco y el inglés se ayudan hora,
y entra el belga también en la batalla.

En tan fatal y negra tremolina
se baten con denuedo
el austro y el británico sin miedo,
cual si fuese la guerra cachetina.

Y la Europa señora del talento
que marcha a la cabeza,
un ejemplo nos lega de tristeza:
humo es su ciencia y su cultura viento.

¿Y la FRATERNIDAD dónde se oculta
con su nueva doctrina?
Todo es engaño; el hombre se acerca
a la fiera que mora en selva inculta.
Es mentira el amor de los humanos,
El Progreso es mentira,

sólo es verdad el sabio que se inspira
en amor impulsado a sus hermanos.

Lejos guerra homicida y destructora,
deja ya tu faena,
que un día asomará blanca y serena
la Paz bendita que en silencio llora.

Esa Paz que vendrá con la Justicia
el día de las cuentas.
Se acabarán las guerras que sangrientas
inspirara el rencor y la malicia.

Entonces la verdad del Cristianismo
con su moral divina
al hombre tocará con su doctrina:
"Amarás como te amas a tí mismo".

FED. JARA.

MOREIRA

Medroso, taciturno, como espía
un joven me encontré en el cementerio,
un viejo calandrajero parecía
buscando en el montón algún misterio.
No hablaba la palabra de los vivos,
sus labios murmuraban cosas raras
y sus ojos alzando muy altivos
lanzaban fogonazos a las caras.
De súbito una ráfaga divina
iluminó su rostro cabizbajo:
ésta—me dijo—no se me acerca . . .
muy honda está la paz, aquí debajo.
Desde entonces Moreira cabizbajo,
la tierra contemplando pasa el día;
es un loco metido en el hatajo
y la paz de los muertos, su porfía.

J. R. D.

MISCELANEA

Pésame.—A la edad de 78 años falleció anteayer en esta ciudad la virtuosa señorita Froilana González Pérez. Sus funerales se celebraron en la iglesia del Carmen con regia solemnidad y a continuación se verificó el entierro, al que asistió numeroso acompañamiento de todas las clases sociales. EL ARCA envía sus muestras más sinceras de condolencia a todos los familiares de la extinta.

De Administración. Atendiendo indicaciones de algunos de nuestros agentes y con la mira de regularizar el pago de las suscripciones a este Semanario, de lo cual depende la buena marcha del mismo, se ha dispuesto enviar los recibos, en lo sucesivo, con suficiente anticipación. Sirvanse tomar nota de esta indicación.

Centro de Amigos.—Mañana se verificará a las 3 p. m., en el Salón Municipal, la asamblea de las personas que han firmado el acta para la fundación de este nuevo Centro. Se suplica la asistencia a los invitados.

Indicador religioso Parroquia de Heredia

DOMINGO 8.—Misas rezadas en la Parroquia a las 6 y 8 a. m., a las 7 Misa Cantada de la Orden Tercera del Carmen, y exposición durante el día, a las 5½. A las 9 Misa Cantada en la Parroquia. De 12 a 2 Catecismo de niños y niñas. A las 2 p. m. Reunión de Terciarios del Carmen en el Salón de Catecismo.

La Misa de Hijas de María que debiera celebrarse el domingo 8 ha sido transferida para el martes 10 a las 6½ y la reunión a las 12. El viernes 13 Misa Cantada de San Antonio a las 6½ y reunión a las 12. Los Rosarios de Animas en la Parroquia todos los días a las 6 p. m.

EL MAYORDOMO.

Imprenta Cordero Hnos.